



---

ANÓNIMA

---



Había dedicado el tiempo libre de las últimas semanas a terminar una narración sobre uno niño huérfano obligado a servir a distintos amos para ganarse la vida. “¿Quién estará interesado en leer esto? Cualquiera persona dirá que mi historia carece de valor.” Al mismo tiempo que le invadían estos pensamientos, sentía el contradictorio deseo de que sus palabras salieran a la luz y de que fueran los demás quienes juzgaran si su obra era merecedora de halagos o de abucheos.

Sabía que jamás podría publicar nada de lo que escribía firmado con su nombre porque era mujer, pero no pensaba en otra cosa desde que en el mercado del pueblo se anunciaron unos juegos poéticos para entretener a la corte. Sería un acto público en la plaza principal donde se leerían los relatos y se premiaría al favorito.

–¡Juana! ¿Qué se supone que estás haciendo? –La inquisitiva pregunta de su marido le recordó cuáles eran sus obligaciones.

–Ahora mismo bajo. –contestó al mismo tiempo que escondía sus manuscritos en el cajón del escritorio.

–¿Te das cuenta de lo tarde que es? ¿Dónde está la comida de hoy? ¿Qué has estado haciendo toda la mañana? –Diego encadenaba preguntas sin dejar que Juana le contestara, ni siquiera con una mentira que encubriera su actividad secreta.

–Diego, yo... –por un momento pensó en contárselo todo–. Lo siento mucho. –terminó de decir mientras se disponía a pelar las patatas para hacer un guiso.

–No me digas que lo sientes y la próxima vez cumple con tus obligaciones. Sabes que lo único que te pido es dedicación y compromiso hacia mí. Llevo días notándote distraída y creo que deberías compartir conmigo el motivo. Soy tu marido. –afirmó Diego en tono imperativo.

Ella interpretó sus palabras como una oportunidad para contarle lo que intentaba hacer, incluso para buscar su complicidad y ayuda. Se querían y, aunque a su manera, Diego siempre le había tendido su mano. “¿Por qué iba a ser diferente ahora? ¿Acaso él no estaría feliz si ella lo era?”

–Estoy escribiendo una obra para los juegos poéticos. Buscan historias para entretenerse y yo tengo una muy buena. Creo que puede quedar bien considerada, pero no puedo presentarla ni firmarla con mi nombre porque jamás escucharían el relato de una mujer. ¿Podrías ser tú quien lo leyera? –Antes de

que Juana terminara su explicación, Diego, enfurecido y lleno de ira, tiró la mesa abajo y exclamó—:

—¿Cómo se te ocurre pensar que estaría dispuesto a ayudarte en algo así? ¿Cuántas de tus vecinas crees que desatienden sus casas por dedicarse a inventar tonterías y a escribir? Te prohíbo que lo hagas. No sería más que una deshonra para mí. ¿Lo has entendido?

El miedo invadió a Juana y la dureza de las palabras de Diego retumbaron en su cabeza durante los días siguientes. Mientras tanto, ella se esforzaba por cumplir con sus obligaciones y por mostrarse cariñosa con su marido.

Llegado el día, Juana salió de casa con la excusa de ir a comprar lo necesario para preparar la comida. Cuando llegó a la plaza, vio un gran gentío y, alzados sobre el pueblo, a los miembros más notorios de la corte. Los participantes se agolpaban bajo la tribuna para llamar la atención de los jueces. Sus ojos se fijaron en un rostro que conocía perfectamente. “No puede ser. Diego.” No podía creer que su marido estuviera allí, después de haberle negado su ayuda. “¿Qué habrá escrito?” Jamás lo había visto interesado en la lectura y, mucho menos, en la escritura. Un hombre como su marido jamás dedicaría su tiempo a las letras.

Tras acabar la inscripción de participantes, empezaron las lecturas en voz alta. La plaza entera permaneció en silencio hasta que los aplausos anunciaron el final del primer relato. “No ha estado mal, aunque hubiera preferido otro final para Doña Cándida.”, pensó Juana. El segundo participante era Diego. Después de saludar a los miembros de la tribuna, empezó a leer:

—*Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandome que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:*

—*Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.*

*Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:*

—*Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo. —y rio mucho la burla.*”

“Es mi historia. Me la ha robado.” Juana sintió un gran enfado al oír su relato en boca de Diego. Un sentimiento de impotencia que jamás había sentido la

invadió por dentro. Cuando días atrás le había pedido ayuda, no se imaginaba que actuaría por su cuenta sin, ni siquiera, consultar con ella qué pasajes leer o cómo presentar la narración. Además, él se había negado en rotundo y ahora se llevaría un mérito que no le pertenecía. Mientras Juana se perdía en sus pensamientos, todo el mundo se divertía. Entre las risas y aplausos del público, desde la tribuna invitaron a Diego a que siguiera leyendo. Al ver la reacción de todos los asistentes, la impotencia dio paso a una enorme valentía y, sin titubeos, Juana fingió una voz masculina para denunciar:

–¡Ese hombre no ha escrito la obra! ¡La ha robado!

–¿Quién ha dicho eso? ¿Quién lo acusa? –contestó el juez buscando con la mirada a la persona que acusaba a Diego.

–¡Compruébelo! –insistió. No dijo más y se cambió de sitio aprovechando la agitación de todos los asistentes.

El pueblo empezó a murmurar y enseguida toda la plaza reclamó que se supiera si esa voz anónima estaba diciendo la verdad o simplemente era una estrategia para descalificar a un adversario.

–De acuerdo, entonces..., tenemos un relato, un hombre que dice haberlo escrito y una voz que defiende lo contrario. Solo se me ocurre una forma de saber quién está mintiendo. Será fácil. –dijo el juez mirando a Diego.

–Solo espero que se haga justicia y se reconozca la nobleza de mis intenciones. –demandó Diego soberbio.

–¡Escribano! Traiga una pluma y un pergamino. Leeré el inicio de la narración y usted lo copiará al dictado. –dirigiéndose al acusado–. Después, compararemos su letra con la caligrafía del manuscrito original y veremos si lo escribió o no.

–Como usted desee. –Diego sabía que nada lo salvaría, pero ahora no era el momento para recular. Tenía que continuar con la farsa hasta el final por si la prueba que pedía el juez no era concluyente y un milagro acababa reconociéndole la autoría.

–*“Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca.”* –el juez hizo una pausa y concluyó–: Una vez haya acabado, devuélvame el pergamino.

Diego, ahora obediente, repaso rápidamente lo que había escrito, tomó aire y le dio el pergamino al juez. Este lo examinó durante unos segundos y pidió que el escribano corroborara lo que ya había decidido. Para Diego ese momento fue una eternidad. Los murmullos de la plaza no le dejaban pensar qué diría ante la acusación ni cómo intentaría exculparse. Quizás había llegado demasiado lejos y jamás tendría que haberse apropiado de la obra que su mujer había escrito con tanto esmero. Sin embargo, era tarde para lamentarse. Por fin, el juez se puso en pie y sentenció:

–Ha mentido. Es usted un farsante y un ladrón. ¿A quién le pertenece?

–Jamás lo diré. Quien lo ha escrito no merece un reconocimiento como este. Su nombre será silenciado para siempre.

–Se equivoca. La historia de este pequeño pícaro vivirá para siempre en la memoria de todos los que hemos sido testigos de la lectura. –dirigiéndose a los asistentes–. Me encargaré personalmente de custodiar y difundir este relato. Si alguien conoce o sabe qué hombre es su verdadero autor, díganle que podrá demostrarlo aceptando la misma prueba. No permitiré que esta injusticia prive a la gente de conocer al pícaro Lázaro de Tormes. –Se volvió de nuevo hacia Diego y terminó–: Borraré su nombre del manuscrito y, en su lugar, figurará que el escritor es anónimo. Así sea.

–Así sea. –contestó la plaza al unísono celebrando la decisión del juez.

“¡La autora soy yo!”, reclamó Juana. Pero esas palabras solo sonaron en su mente. Fue un grito mudo. Sabía que, si lo hacía, sufriría el rechazo público y que todo lo que el juez había prometido hacer con su relato no se cumpliría. Sus palabras habían sido muy claras y no habían dado lugar a la posibilidad de que el autor fuera, en realidad, la autora.

Mientras abandonaba la plaza, por un instante se sintió la ganadora. Su personaje había conseguido la atención de todos y el juez creía que era una historia digna de ser difundida. Todo el mundo conocería al pequeño Lázaro de Tormes y se deleitaría leyendo las argucias que le llevaron a ser un hombre “honrado”. Incluso se atrevió a pensar que quizás tuviera tanta relevancia que siglos después la gente seguiría hablando de su personaje y leyendo su obra.

“¿Puede haber mejor premio?” Tristemente se contestó a sí misma que sí. El mejor premio habría sido que ella hubiera leído su historia y que el manuscrito llevara su nombre y apellidos. Que los aplausos hubieran sido para ella y que

todos supieran que Diego, su marido, había intentado ganar a costa de robarle su manuscrito. Y, por supuesto, que nadie la hubiera juzgado por escribir a pesar de ser mujer, porque el ingenio y las buenas letras no entienden de sexos. El mejor premio no le había llegado a ella, pero, desde la más profunda esperanza, deseó que en un futuro fueran muchas las mujeres que disfrutaran de un reconocimiento tal: “Ojalá algún día las mujeres seamos dueñas de nuestras palabras y firmemos orgullosas nuestros escritos. Ojalá dentro de muchos años no haya mujeres silenciadas en la literatura.”